

rencias oficiales. La francmasonería era más antigua que la sociedad de San Vicente de Paúl, puesto que había nacido en 1725, según decía el ministro que hacía alarde de erudición; tenía su origen en la filantropía como la sociedad de San Vicente de Paúl lo tenía en la religión. La Francmasonería, lo mismo que la sociedad de San Vicente de Paúl, «no había cesado de conservar su reputación de beneficencia;» además, «sin dejar de cumplir con celo su misión de caridad, se había mostrado animada de un patriotismo que nunca había faltado en las grandes circunstancias.» Sus logias y consistorios funcionaban con calma «y hacía mucho tiempo que no habían dado lugar á ninguna queja.»

Hasta aquí la circular era inofensiva y se contentaba con ser extraña. ¿Quién hubiera creído que aquella universal benevolencia serviría de prefacio á una universal severidad? El Sr. de Persigny realizaba aquel esfuerzo con una presteza singular y un aplomo que desarmaba. Francmasones y cofrades de San Vicente de Paúl eran igualmente admirables individualmente: unidos en sociedad jerárquica, eran peligrosos por igual, casi facciosos. La crítica empezaba con tanta viveza y resolución como se había desplegado en el elogio. «Si las conferencias locales de San Vicente de Paúl tienen derecho á todas las simpatías del gobierno, tengo el sentimiento de decir que no sucede lo mismo con esos consejos ó comités provinciales que, bajo las apariencias de estimular los esfuerzos particulares de las diversas conferencias, se apoderan cada vez más de su dirección, les despojan del derecho de elegir por sí mismas sus presidentes y sus dignatarios, y se imponen así á todas las sociedades de una provincia, como para hacerlas servir de instrumentos á una idea ajena á la beneficencia...» El mismo reproche, más acentuado aún, se dirigía al consejo superior, acusado de formar el centro de una asociación oculta, de extender sus ramificaciones al extranjero y de sacar de las conferencias un presupuesto cuyo empleo era desconocido. «Semejante organización, continuaba diciendo el ministro, no se explica por el solo deseo de la caridad... La caridad cristiana necesita constituirse en forma de sociedades secretas para su ejercicio?» Según la teoría oficial, cada conferencia aislada era digna de recompensa, mientras que la colectividad no era digna sino de la policía correccional. En términos de una notable aspereza, el Sr. de Persigny recordaba las leyes sobre las asociaciones, «leyes violadas desde hacía mucho tiempo.» Seguía una orden formal á los prefectos, la orden de prohibir la reunión de todo consejo superior, central ó provincial, y disolverla. Así continuaba en el tono más conminatorio aquella circular famosa que había empezado con un desbordamiento de alabanzas.

Al terminar, el ministro cambiaba por segunda vez de lenguaje. Dejaba comprender que, si las conferencias querían tener una organización jerárquica, sus deseos no eran de imposible realización. Que se confiasen al emperador, y, bajo los auspicios del soberano, podría establecerse una representación central en la residencia del gobierno. Esta insinuación dejaba adivinar la idea del emperador. El verdadero ideal hubiera sido, no disolver los consejos, sino absorberlos; no combatir la beneficencia, sino presidirla. La circular no se refería solamente á los francmasones y á los cofrades de San Vi-

cente de Paúl; mentaba también á los modestos miembros de las sociedades de *San Francisco de Sales*, esos *dii minores* de la caridad; á todos señalaba el camino que les convenía seguir; á todos les aconsejaba que se agrupasen en torno del trono y que esperasen de él todo beneficio y toda inspiración.

El *Siècle*, la *Presse* y la *Opinion nacional* encomiaron el liberalismo ilustrado del Sr. de Persigny, le felicitaron por haber concurrido al progreso democrático, invocaron los principios de 1789 y hasta hablaron de la separación de la Iglesia y del Estado. Los *Debates*, el *Temps* y el *Courrier du Dimanche* tomaron partido contra el ministro, no por solicitud en pro de la asociación amenazada, sino por celo en favor de la libertad. Entre los católicos la alarma fué grande. Todo era mortificante en la circular ministerial: las censuras, que eran injustas, y mucho más los elogios, que parecían un sarcasmo. La asimilación de la sociedad de San Vicente de Paúl á la Francmasonería provocaba sobre todo un estupor no exento de cólera. En términos vehementes y tristes, los piadosos cristianos que habían recogido la tradición de Ozanam se ingeniaban en refutar punto por punto las acusaciones.

Si las conferencias eran irreprochables, ¿cómo era posible que los comités directivos fuesen focos de ambición ó de intriga? La mejor contestación era citar los nombres del consejo general, todos de honor intacto, de virtud probada y elegidos entre las personas más honradas de su tiempo. Lejos de ser enemigos del gobierno, la mayor parte de ellos estaban ligados con él por los empleos, los recuerdos ó las tradiciones: en el consejo figuraban el Sr. Cornudet, consejero de Estado; el Sr. de Segur, relator; el Sr. Cochín, alcalde de uno de los distritos de París; el Sr. Thayer, senador, y el conde Lemercier, ex candidato oficial y nieto del general Jourdan.

Se reprochaba á la sociedad el que tuviera ramificaciones en el extranjero, cuando era un grande honor para Francia que, de los confines del mundo, se viniese á buscar la luz en su propio foco.

Añadíase que las conferencias estaban afiliadas á Roma. Tenían, en efecto, un cardenal protector; pero en once años se le había escrito once veces y él sólo había contestado tres; esas cartas no tenían más objeto que pedir *indulgencias*, y aun esta correspondencia había cesado desde 1859.

La circular ministerial hablaba de un presupuesto de ingresos procedentes de las conferencias y cuyo empleo era desconocido. La sociedad no acostumbraba publicar sus limosnas; éstas eran su único secreto. Pero ya que la desconfianza del gobierno exigía cuentas, era fácil rendirlas. Dónde se había agotado el presupuesto, los pobres hambrientos de Irlanda, los cristianos maronitas de Siria y los desdichados de todo país podían decirlo.

Contra la sociedad se invocaba el espíritu moderno, el espíritu de libertad. El gobierno era libre de hablar como el *Siècle*; pero todos los hechos materiales protestaban contra la acusación. Era en los países más libres, en Holanda, en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados Unidos, donde la Sociedad se había desarrollado con más vigor. El único país donde no había podido implantarse era Nápoles, durante el reinado de Fernando.

Así hablaban los católicos, ardientes en su defensa y

tentados en algunas ocasiones de tomar á su vez la ofensiva. Antes de la circular del Sr. de Persigny, la política no había pasado jamás los umbrales de las conferencias; á raíz de la publicación de la circular hubo un día, un solo día, en que el reglamento fué olvidado.

Lo más difícil no era contestar, sino conjurar la tormenta. El acto ministerial no destruía la obra, pero rompía su unidad y la colocaba, por añadidura, entre las cosas sospechosas. Uno de los miembros del consejo general, el Sr. Cochín, propuso la resistencia y la apelación ante los tribunales. La mayoría desechó tan extremado partido: los textos de las leyes eran formales, y semejante escándalo no haría más que consumir la ruptura. Continuaron las diligencias oficiosas cerca del ministro, del arzobispo de París y del mismo emperador. Todo fué inútil: el día 12 de noviembre, el Sr. Boudón, presidente general de la sociedad, recibió un aviso del prefecto de policía prohibiendo toda reunión ulterior de los consejos.

El Sr. de Persigny estaba resuelto á disolver, si era preciso, los cuadros de la sociedad, pero si lograba someterlos á su mano y marcarlos con la estampilla imperial, ¡cuánto mayor no sería su triunfo! No faltaban intermediarios oficiosos que se insinuaban en los grupos y ponderaban las ventajas de la sumisión; aconsejaban á los miembros del consejo superior que se entregasen á la benevolencia del emperador y aceptasen un jefe designado por él; de este modo se evitaría una crisis lamentable: el soberano era bueno, conciliador, y, en medio de todos los incidentes de la lucha religiosa, vería con profunda satisfacción la vuelta de la confianza; sabría contemporizar con las susceptibilidades y los escrúpulos de hombres honorables que gozaban de toda su estimación, y, una vez reconocido su derecho de intervención, se guardaría muy bien de atentar al libre funcionamiento de las conferencias. Los mismos intermediarios hasta designaban para presidente futuro al cardenal Morlot, arzobispo de París, prelado piadoso, anciano afable, humilde, enemigo de la intriga y sin más preocupación que la de santificar los últimos días de su existencia; además era protector discreto de todas las obras de beneficencia y muy especialmente de la sociedad de San Vicente de Paúl. La proposición era tentadora. Lo que no había logrado la amenaza ¿lo conseguiría la seducción? Aunque muy perplejos, los miembros del comité directivo prefirieron la independencia, aunque fuese peligrosa, al peso de una cadena, por ligera que fuese. Juzgaron que todo lazo oficial desnaturaría el carácter de la institución. Conservaban el recuerdo de la Congregación en tiempo de Carlos X y no querían copiarla. El cardenal Morlot, por otra parte, no estaba dispuesto á aceptar la pesada carga que se proponían imponerle. Pero la consideración que dominaba á todas las demás era la siguiente: la obra de San Vicente de Paúl era internacional, y las conferencias extranjeras romperían sus lazos tan pronto como el comité central, en vez de funcionar con entera independencia, dependiera del emperador de los franceses. Cediendo á las circunstancias, el consejo general votó su propia disolución y remitió todos los poderes á su presidente. Este continuó ejerciendo su acción, pero oficiosamente y en secreto, de modo que el cargo de clandestinidad, hasta entonces quimérico, fué fundado desde aquel día.

El Sr. de Persigny era tenaz y apeló á las conferencias mismas contra el consejo general. A principios de 1862 les hizo interrogar por los prefectos. ¿Qué preferían: funcionar aisladamente ó unirse á un comité directivo, cuyo presidente fuese nombrado por el emperador? Ochenta conferencias optaron por el patronato oficial, y setecientas lo rechazaron. La Sociedad de San Vicente de Paúl sobrevivió al golpe, pero quedó mal parada. Por timidez ó por desaliento, desaparecieron muchas conferencias, y casi todos los funcionarios públicos se apartaron de la asociación. Pero al menos fué mantenido el principio de la independencia, y poco á poco los comités se reformaron, gracias á la tolerancia del poder, distraído por otras muchas dificultades. En medio de todos estos incidentes, el público se había olvidado un poco de los francmasones, esos émulos de las sociedades de San Vicente de Paúl. Pronto se supo que habían sido más dóciles, pues un decreto imperial les designó un maestre que era el mariscal Magnán (1).

III

Uno de los contemporáneos escribía en su periódico el 22 de octubre de 1861: «El gobierno se halla tan ocupado en las *Sociedades de San Vicente de Paúl* que no se acuerda de mirar nada más.» El público, más perspicaz que el gobierno, no podía persuadirse de que todos los males venían de los clericales ó de los hombres de los antiguos partidos. El público veía, en el orden de los intereses materiales, si no peligros, complicaciones diversas. El bloqueo de los Estados del Sur, fruto de la guerra separatista, dificultaba la llegada de los algodones, originando una suspensión notable en una de nuestras principales industrias; y la dificultad se convertiría en desastre el día en que el agotamiento de la primera materia paralizase del todo la fabricación, privando á millares de obreros de su salario cotidiano. El *tratado de comercio de 1860* había de entrar en pleno vigor el día 1.º de octubre de 1861. El nuevo régimen era temido por los industriales que, exagerando el temor de la competencia extranjera, habían limitado de antemano su producción. Estas dificultades industriales se hubieran conjurado en parte si la abundancia de los productos agrícolas y en particular de los cereales hubiese asegurado la vida barata; pero, desgraciadamente, la última cosecha había sido muy mediana; calculábase que faltarían más de 10 millones de hectólitros para el consumo, de modo que se necesitaban de 250 á 300 millones para las compras en el extranjero. La dificultad era tanto mayor cuanto que los capitales franceses se hallaban comprometidos en importantes especulaciones fuera del país; gran parte del último empréstito italiano había sido suscrito en la capital de Francia, y las épocas de las entregas de fondos estaban señaladas para fechas muy próximas; además, muchas é importantes empresas extranjeras, vigorosamente patrocinadas por nuestros establecimientos de crédito, habían dispersado cada vez más la fortuna nacional. En otoño de 1861 se manifestaron ciertos síntomas de escasez que contrastaban con el aspecto exterior de las cosas, siempre brillante y animado. A medida que fué

(1) Decreto de 11 de enero de 1862 (*Bulletin des lois*, 1862, página 43).

escaseando el dinero, disminuyó el crédito. En 1.º de octubre, el Banco de Francia elevó el descuento al 6 por 100: medida prudente quizá, pero expuesta á agravar la situación, puesto que atestiguaba, por decirlo así, oficialmente los apuros generales.

Semejante malestar disponía los ánimos á acoger censuras que, en otro tiempo, hubiesen parecido temerarias ó inoportunas. *La Revista de Ambos Mundos* se encargó de precisar los cargos hasta entonces dejados en la sombra ó inadvertidos. En el número del 15 de octubre, el articulista Sr. Forcade la emprendió vivamente contra el Banco de Francia, no tanto para atacar á esta grande institución financiera como para combatir indirectamente al gobierno. Este, según Forcade, no era responsable de la crisis algodónera, fruto de la guerra separatista, ni de las malas cosechas. Pero estos accidentes ponían de manifiesto errores y faltas antiguos que complicaban y agravaban los accidentes mismos. Partiendo de esto, el redactor de la *Revista* denunciaba con mucho vigor las prácticas financieras del gobierno. Sus censuras abarcaban tres puntos: la exageración de los gastos, el impulso imprevisor dado á las obras públicas y especialmente á las demoliciones y reconstrucciones y la ausencia de planes coordinados en la dirección de la política económica. El artículo terminaba afirmando «que no hay buen gobierno financiero fuera de la vigorosa intervención de las asambleas representativas y de las vigilantes polémicas de una prensa libre (1).»

En las esferas oficiales, la censura disgustó tanto más cuanto que traducía la opinión pública. Inflagóse una amonestación á la *Revista* y muy especialmente al señor Forcade. Los considerandos eran duros y hasta insultantes, pues hablaban «de alegaciones mentirosas.» Muy irritado, el publicista anunció la intención de acudir al Consejo de Estado contra el decreto ministerial, que él calificaba de difamatorio y calumniador. La reparación vino sin tardar; pero no vino del Consejo de Estado, sino del palacio de las Tullerías. El Sr. Forcade había cometido una falta, una sola, la de quitar al soberano la prioridad de la confesión pública, que éste meditaba en el interior de su alma.

El 12 de noviembre se supo que el emperador había venido de Compiègne á París y que en las Tullerías habían celebrado una reunión magna el Consejo privado y el Consejo de ministros. La *Patrie* y el *Constitutionnel* anunciaron que el objeto de la reunión había sido el examen de la situación financiera. Según el primero de dichos periódicos, se habían ocupado de un proyecto que aseguraría la unificación de la deuda. En cuanto al *Constitutionnel*, dejaba éste prever, en términos misteriosos y como para reservar una sorpresa, una próxima reforma que el Senado y el Cuerpo legislativo no dejarían de aplaudir. Circulaban toda clase de rumores y particularmente el de una crisis ministerial y de la subida del Sr. Fould al poder. Dos días después todo se aclaró. La prensa oficiosa había sido exactamente informada: la solemne deliberación del 12 de noviembre había sido consagrada á la situación financiera. El señor Fould había empleado casi toda la sesión en criti-

(1) *Revue des Deux Mondes*, 15 de octubre de 1861, páginas 1009-1010.

car la gestión económica del gobierno, y sus críticas, lejos de desagradar al emperador, le habían valido, de parte de éste, una carta satisfactoria que constituía el más solemne título de confianza. Además, era nombrado ministro de Hacienda con plenos poderes para restablecer el equilibrio algo turbado. Y no era esto todo. Fould había expuesto sus proyectos en una voluminosa *Memoria* que fué leída al consejo. En cualquiera otra época el documento hubiera sido archivado para la historia. Napoleón desdeñó esa práctica vulgar; le gustaban los extremos de luz y de sombra, era aficionado á las confesiones públicas y ponía algo de teatral hasta en su modestia. En 15 de noviembre la *Memoria* fué publicada en el *Monitor*.

Fould empezaba haciendo la acostumbrada crítica de la antigua legislación parlamentaria. Censuraba la extrema *especialidad* de los créditos, fuente de tantos debates estériles ó mezquinos. Durante la monarquía de Julio, esta perpetua y molesta intervención de las Cámaras había sido una traba permanente para la administración y un obstáculo para la realización de los más grandes proyectos. Llegando al sistema financiero creado en 1852, el nuevo ministro se apresuraba á elogiarlo, calificando de infundados los ataques de que había sido objeto. Hasta aquí la *Memoria* no era más que la copia fiel de todo lo que se decía desde hacía diez años en los consejos del emperador. Estas declaraciones laudatorias eran como un prefacio destinado á hacer perdonar las osadías de la obra. Luego empezaba la crítica, viva y acerada. Un abuso llamaba sobre todo la atención de Fould, y este abuso era la facultad en que se dejaba al soberano de abrir por decreto, en los interregnos parlamentarios, *créditos extraordinarios y suplementarios*. «La Constitución, añadía, ha reservado al Cuerpo legislativo el derecho de votar los presupuestos, pero este derecho sería casi ilusorio si las cosas continuasen en el estado actual, porque ¿qué inspección es la que se ejerce sobre un gasto año y medio después de hecho?» Fould contaba los créditos suplementarios y extraordinarios concedidos desde principios del Imperio y resultaba que, desde 1851 hasta 1858, se habían elevado á 2.400 millones, de los cuales, 1.350 millones habían sido absorbidos por los gastos de la guerra de Oriente. En 1859 sumaron 83 millones; en 1860, 115 millones, y en 1861, cerca de 200 millones. «Si no se cambia de sistema, nos encontraremos muy pronto en presencia de gravísimas dificultades.» El autor de la *Memoria* procuraba ponerlo todo en claro, sin cuidarse de atenuar el brillo inoportuno de la luz. «Para atender á los gastos, decía, se ha recurrido al crédito bajo todas las formas, y se han utilizado, con el asentimiento de los poderes públicos, los recursos de los establecimientos especiales que el Estado dirige. Los empréstitos en renta negociados en 1854, 1855 y 1857 se elevan á 2.000 millones. Cuando la renovación del privilegio del Banco, el Tesoro absorbió el aumento del capital de 100 millones impuesto á este establecimiento. La caja de la dotación del ejército, que había recibido 135 millones, vió toda su existencia absorbida por el Tesoro, que le entregó directamente inscripciones en el Libro Mayor. Finalmente se ha recurrido al nuevo modo de empréstito de las obligaciones treintanarias, de las cuales se han emitido este año por valor de 132 millones...

El público, continuaba la *Memoria*, suscribió estos empréstitos con gran entusiasmo, pero sería hacerse peligrosas ilusiones el contar indefinidamente con el desenvolvimiento del crédito nacional.» Fould insistía sobre las inquietudes de los hombres de negocios y sobre las aprensiones del Cuerpo legislativo: «Cuando la reciente discusión de los presupuestos, se calculaba que el descubierto debía elevarse al fin del año á cerca de mil millones, y esta cifra no era exagerada.» Lo que agravaba la crisis era «la situación de los departamentos, de las ciudades y de las compañías particulares, que á ejemplo del Estado, con un fin de mejora y de progreso, se habían lanzado á gastos muy considerables quizá con demasiada precipitación.»

Habiendo pronunciado la palabra *crisis*, Fould se detenia y buscaba el medio de conjurarla. En su concepto, el verdadero remedio consistía en la supresión de los créditos suplementarios y extraordinarios abiertos por decretos en los interregnos parlamentarios y sin el voto previo del Cuerpo legislativo. Esta prerrogativa, hasta entonces reservada al emperador, parecía al autor de la *Memoria* una fuente de más dificultades que fuerza. El soberano, despojado de este derecho excesivo, no se vería asediado por las peticiones de los municipios ó de los particulares que, sabiéndole investido de la facultad de concederle todo, no habían vacilado hasta entonces en pedirle todo lo que podía conceder. En el exterior, la disminución de las atribuciones imperiales no permitiría ya acreditar los rumores de armamentos extraordinarios, que corrían de vez en cuando, insinuándose por todas partes con la pérvida rapidez de la calumnia. Fould continuaba con gran energía y precisión, pero en un lenguaje algo singular para un ministro pasado y futuro: «Si Vuestra Majestad renunciase espontáneamente á ese poder, más aparente que real, más amenazador que eficaz, no sólo devolvería la confianza á Francia, sino que calmaría la inquietud de Europa, quitando todo pretexto á manejos hostiles. Al ver los gastos de guerra y marina sometidos al voto regular del Cuerpo legislativo, nadie podría ya creerse bajo la amenaza de un ataque súbito é imprevisto; los gobiernos no se entregarían ya á esas luchas ruinosas que los empujan, á porfía, por la senda de los armamentos y de los preparativos militares; los pueblos no verían ya aumentar anualmente las cargas que los excitan contra Francia, haciendo que el odio alcance al emperador. Así todo resulta fácil: la seguridad se restablece, los recursos se desarrollan, los apuros de la situación actual se arreglan en condiciones convenientes, y, después de haber atendido á las exigencias del pasado, no hay temor de que se reproduzcan.» No era posible expresarse mejor, pero ¡qué confesión implícita! La confianza había, pues, decaído, puesto que se trataba de reanimarla. Existía la inquietud, puesto que urgía calmarla. La seguridad no era ya completa, puesto que, ante todo, convenía restablecerla.

Al suprimir los créditos suplementarios, Fould entendía mantener el *derecho de transferencia* tal como había sido determinado por el senadoconsulto de 25 de diciembre de 1852. Este derecho, que permitía atender á las necesidades imprevistas de los diferentes servicios públicos, aseguraba, en una medida razonable y limitada, los recursos momentáneos que ya no se arbitrarían

con una abertura de crédito; y esa facultad ejercida con prudencia no ofrecería ningún peligro.

La *Memoria* terminaba con el examen de una cuestión que se había discutido en los consejos del emperador: ¿Convenía aumentar, en lo concerniente á la ley de hacienda, las atribuciones de la Cámara y someterle en grandes divisiones los presupuestos que hasta entonces había votado por ministerios? Fould no desechaba el proyecto, puesto que había obtenido el asentimiento del emperador y el Sr. Magne había hecho sobre el particular una semipromesa al Cuerpo legislativo (1); pero lo acogía con algún desdén, considerándolo de escasa importancia; convenía, en todo caso, que los presupuestos se votasen por grandes secciones y que bajo ningún pretexto se volviese á la *especialidad*.

Tal era la famosa *Memoria* que todo París leyó, volvió á leer y comentó con una sorpresa que rayaba en estupefacción. Era notable por su sensatez y por su osadía, y más aun por la esfera en que aparecía. ¿Quién podía esperar verla publicada en *El Monitor*? ¿Qué había dicho el Sr. Forcade que no se hallase desarrollado por Fould con más amplitud, con más autoridad y con mayor abundancia de documentos? Pero la misma crítica que bajo la pluma del uno había parecido alegación mentirosa, se convertía en laudable verdad en boca del otro, elevándola bruscamente al ministerio.

Fould era, en efecto, ministro, y ¡qué ministro! Durante unas cuantas semanas fué el hombre en quien estuvo puesta la atención general. No era posible creer que, dadas las circunstancias en que había alcanzado la cartera de Hacienda, sus actos no pasasen de ser una labor vulgar. Sin duda, el favor del soberano le reservaba un puesto aparte, y la opinión general no distaba mucho de saludar en él al verdadero jefe del gabinete. En esto, apareció un decreto que subordinaba al informe previo del ministro de Hacienda toda medida que aumentase las cargas del presupuesto. Semejante decreto pareció la señal de una especie de preponderancia que no había de tardar en afirmarse. El público daba importancia al papel de Fould á medida de los peligros que suponía. Sorprendido por tan inesperada revelación, temía que á ésta siguieran muchas otras. Hablaba de nuevos impuestos, de nuevo sistema financiero, y, dominado por estas preocupaciones, no quería ver en el gobierno más que un solo hombre, el que habiendo denunciado los abusos y las faltas, sabría repararlas sin duda. Hubiera sido fácil contestar á las alarmas excesivas: la deuda pública había crecido en proporciones enormes; pero los ingresos del Tesoro habían aumentado también, no tanto por la elevación de los impuestos como por el movimiento ascendente de la prosperidad general: la cifra de la deuda flotante era muy elevada, pero esta cifra de mil millones, considerada entonces como fantástica, perdía en parte su terrible significación si se la descomponía y se defalcaban de ella las existencias en caja de los municipios y de los establecimientos públicos cuyo cajero natural era el Estado. Se tropezaba con reales dificultades, pero en manera alguna se hallaban en plena crisis: tal era la verdad despojada de toda exageración. El público, impresionado por la brusca aparición de la *Memoria*, tardó mucho

(1) Sesión del 18 de marzo de 1861 (*Monitor* de 19 de marzo).

en hacerse cargo de esa verdad, y sólo al cabo de algunos días recobró la plena independencia de su juicio.

Al publicar la memoria de Fould, el emperador se había apropiado sus conclusiones. Pero la última palabra correspondía al Senado, pues el estado de cosas que el gobierno se proponía modificar había sido creado por el senadoconsulto de 25 de diciembre de 1852. Después de un dictamen muy extenso del Sr. Troplong, después de un debate en que tomaron parte los principales hacendistas del reino, tales como Magne, Forcade de la Roquette y el mismo Fould, la alta asamblea ratificó la reforma. El nuevo senadoconsulto, promulgado en 31 de diciembre de 1861, se dividía en tres disposiciones: en lo sucesivo ningún crédito suplementario ó extraordinario podría concederse sino en virtud de una ley; el derecho de transferencia se hallaba consagrado entre los diferentes capítulos del mismo ministerio, pero no se ejercería sino mediante un decreto dictado en Consejo de Estado; por último, el presupuesto, en vez de ser votado por ministerios, lo sería por secciones.

De este modo el proyecto imperial convirtióse definitivamente en ley del Estado. La reforma podía resumirse en una palabra: era el desenvolvimiento del decreto de 24 de noviembre. Mediante el decreto de 24 de noviembre de 1860, el gobierno había ampliado las atribuciones parlamentarias en materia política; por medio del senadoconsulto de 31 de diciembre de 1861, las extendía en materia económica; en el intervalo de un año, los dos actos se completaban. En plena posesión de un poder todavía incontestado, en el pleno desenvolvimiento de un prestigio aún no alterado seriamente, el emperador ponía límites á su poderío: por su propia mano cerraba los erarios públicos, y atento á defenderse contra sus propios impulsos, entregaba las llaves al Cuerpo legislativo, á quien confiaba además su presupuesto, no ya en un conjunto difícil de abarcar, sino en fracciones más fáciles de revisar. Esa renuncia espontánea no carecía de grandeza, y, en el acto imperial, todo tenía alta apariencia, todo, hasta la osadía con que Napoleón, fiado en su popularidad, publicaba sus falsos cálculos ó sus errores.

Fuese cual fuere el mérito de la iniciativa soberana, una confianza sin reserva hubiera sido optimismo ó lisonja. El buen efecto producido por el desprendimiento imperial en los contemporáneos mezclóse con el espanto que á éstos causaron las perspectivas que súbitamente acababan de descubrirse. En el fondo, el cambio estaba más en el nombre de las cosas que en las cosas mismas; y la seguridad del porvenir dependería menos de la reforma que del espíritu que la aplicase. La religión nos enseña que la contrición, aun la más sentida, no vale nada sin el firme propósito: la máxima, excelente en la vida cristiana, lo es igualmente en la vida política. Al surgir los primeros embarazos, cuando estos embarazos mismos podían ser imputados, sin exagerada adulación, al exceso de prosperidad; cuando todo era fácilmente reparable, acababa de darse un primer aviso al príncipe; y éste había atendido á la crítica, había parecido desaprobado los gastos excesivos que podían ser gastos útiles, pero que, al multiplicarse, se convertirían en gastos locos, y había elevado á ministro á la persona que tales avisos le diera. Todo eso era muy bueno, pe-

ro con la condición de que el firme propósito durase con la condición de que la prudencia que presidiera en adelante á la gestión financiera presidiese á la dirección política. Si esta prudencia faltaba, el emperador no estaba tan ligado que no pudiese desprenderse de las trabas que se había forjado él mismo. La facultad de transferencia, si no se contenía en severos límites, equivaldría casi á la facultad de abrir créditos suplementarios. El Cuerpo legislativo mostrábase muy firme en los debates de las secciones, pero mucho menos osado en las discusiones públicas y sumamente tímido á la hora del voto. El mismo soberano se halla investido de tales atribuciones generales que, si bien no podía ya gastar nada, conservaba la libertad de comprometerlo todo. Se había cerrado la puerta á los despilfarros, á las prodigalidades, pero con tan poca solidez que el menor empuje bastaría para forzarla. Si el príncipe se arrepentía de su sensatez, si se entregaba á la política de las aventuras, el país, de grado ó por fuerza, y á pesar de todas las barreras del senadoconsulto, se vería obligado á pagar las deudas contraídas por la temeridad del soberano.

IV

Desgraciadamente, Napoleón había hecho ya un ensayo de esa política de aventuras allende los Alpes. En medio de los incidentes que acabamos de referir, la cuestión italiana continuaba infiltrándose en nuestros negocios y seguía siendo, lo mismo para el país que para el soberano, una causa permanente de preocupación. Cuanto más se adelantaba, más espesas eran las tinieblas. Todo había contribuido á oscurecer la cuestión: el error, la mentira, la sutileza, la pasión y, sobre todo, el conflicto de los intereses patrióticos y de los intereses religiosos, que se tenían uno y otro por sagrados. Tan difícil era eludirla como resolverla. Dominaba toda nuestra política exterior á causa de las complicaciones que de ella podían surgir y falseaba toda nuestra política interior alejando á Napoleón de los católicos sus aliados. En el período que atravesamos, el emperador procura calmar las impacencias de los italianos; persigue con más constancia que esperanza diversos planes de transacción entre el Piamonte y el Papado; pierde luego la confianza en sus propios esfuerzos, deja caer de sus manos cansadas y débiles todo lo que ha levantado con imprudencia, y se contenta con un alto á falta de una solución.

Cavour había sucumbido en el momento preciso de su obra en que toda Italia, á excepción de Roma y Venecia, se hallaba reunida bajo un mismo cetro. Al desaparecer de la escena, había dejado entre sus compatriotas un gran vacío y en Europa una grande impresión de desconfianza sobre el porvenir de su país. En tales coyunturas, Francia, lejos de retirar su patronato, tuvo empeño en afirmarlo mediante un acto solemne: había reconocido el joven reino, y tan alta muestra de benevolencia había parecido un supremo homenaje al que acababa de morir. En Turín se había llenado la vacante. Ricasoli era primer ministro. El nombramiento no podía ser muy grato á Napoleón. Ricasoli tenía pocas simpatías por Francia y reservaba toda su admiración para Inglaterra. Su carácter brusco le hacía poco apto

para negociar con el emperador, que quería ser comprendido con media palabra. Era rudo, dogmático, friamente obstinado, más absoluto que resuelto; y el reciente recuerdo de Cavour, tan hábil en ocultar sus planes más osados, iba á hacer resaltar más su falta de flexibilidad. Iba á querer andar aprisa y por la vía recta, mientras que á Napoleón le gustaba ir lentamente y á través de mil rodeos. Iba á dar publicidad á todo lo

que le faltaba en prestigio y en genio. El *reconocimiento del reino de Italia* le pareció indicio de una buena voluntad que convenía explotar desde luego. Apenas habían transcurrido tres semanas, después de la muerte de Cavour, cuando Ricasoli llamó al conde Arese, el precioso amigo del emperador, y, entregándole una carta para Thouvenel, le confió la misión de ir á París. El jefe del gabinete italiano, desdeñando las precauciones



Forcade de la Roquette

que convenía tener oculto y á precipitar su marcha según su ardiente voluntad, en vez de ajustarla á la de su aliado. Al verle elevado al poder, varios de sus amigos temieron sus torpes impacencias, y los hechos no tardaron en justificar aquellos temores.

Cavour, en la última época de su vida, tenía los ojos puestos en Roma. Su inteligencia se gastaba en buscar una solución, aceptable para sus compatriotas, no muy ofensiva para Francia, bastante velada con fórmulas respetuosas, bastante rodeada de garantías espirituales para que los católicos la tolerasen sin excesivos clamores y para que el Papado mismo, sobre todo con otro pontífice, se resignase á ella. Ricasoli se hizo continuador del plan; pero como no tenía el mismo espíritu de recursos ni la misma autoridad que su ilustre antecesor, imaginó compensar con el ardor de sus instancias lo

de lenguaje que su antecesor no había considerado superfluas, pedía que Francia fijase un término no lejano á la ocupación de Roma y cesase «de poner obstáculo á las aspiraciones nacionales.» En 30 de junio de 1861, el negociador fué recibido en el ministerio de Negocios extranjeros. Al leer la carta de Ricasoli, Thouvenel no ocultó su sorpresa ni su desaprobación. «El barón Ricasoli lleva mucha prisa, dijo el ministro. Se preocupa muy poco de nuestras dificultades interiores. Me costó ya mucho trabajo obtener el reconocimiento del reino de Italia; en cuanto á Roma, no tengo esperanza alguna de vencer los obstáculos por el momento. Sin duda, el emperador desea la evacuación; pero tiene que contar con las resistencias de sus consejeros, con la aprobación del Cuerpo legislativo y con las objeciones del Senado... Que los italianos esperen al menos la muerte